

AVENTUREROS EN EL NUEVO MUNDO

Con licencia para conquistar



**Abran paso
al capitán**
A pesar de
sus esfuerzos por
detener a las
tropas de Hernán
Cortés en Otum-
ba, los guerreros
mexicanos fue-
ron vencidos.



Atraídos por el espejismo de las riquezas y el poder, un ejército de desheredados, pícaros y miserables luchó a muerte contra guerreros preparados, protagonizando así la mayor empresa conquistadora de la Historia.

Por **Juan Antonio Guerrero**

La conquista de América fue llevada a cabo por una serie sucesiva de relevantes personajes de características heroicas, empujados tanto por la ambición de poder como por el ansia de riquezas y gloria. Relevantes por las hazañas inconcebibles que realizaron, sus nombres son hoy tan conocidos como vilipendiados, con ejemplos tan asombrosos como el de Hernán Cortés quien, por increíble que pueda parecer, partió a la conquista del temido Imperio Azteca con menos de 553 soldados, 110 marineros, 200 indios antillanos, 82 ballesteros y 13 arcabuceros, más algunos piqueteros de a pie. Con él llevaba 16 caballos con sus jinetes y algunos asnos, y la artillería la formaban diez cañones y cuatro falconetes. No sería el único, ya que de forma similar, conquistadores como Pizarro, Quesada, Valdivia, Almagro y otros muchos inscribieron sus nombres en las páginas de la Historia con hechos y proezas muy similares o incluso superiores.

Los gobernantes no apreciaron siempre sus hazañas en lo que valían

Es importante destacar que se trataba siempre de territorios inmensos y vírgenes para el europeo de la época, con una orografía y un medio no siempre fácil que dificultó el avance de estos pequeños grupos, hostigados por la humedad y el calor, las lluvias torrenciales, las espesuras boscosas, una fauna y una flora muchas veces peligrosas, llanuras inhóspitas cuando no desiertos implacables, ríos de corrientes nunca vistas o montañas heladas y desafiantes. Debilitados por una alimentación escasa, basada en comestibles desconocidos y a menudo repulsivos, las enfermedades y el peso de su propio equipo y armamento, se adentraron en territorios poblados por tribus muchas veces agresivas, cuyas costumbres y lengua desconocían por completo. Todo para conquistar en nombre de sus distantes y no siempre agradecidos gobernantes. No es extraño que entre ellos se ▶

prodigaran las riñas y las disputas de poca o mucha importancia, salpicadas por las más crueles traiciones y las no menos sangrientas represalias.

Durante todo el siglo XVI menudearon por el nuevo continente las expediciones militares españolas llevadas a cabo por unidades no superiores a una o dos compañías, cuyos líderes habían adquirido, antes de emprenderlas, una licencia real que les autorizaba como adelantados, gobernadores o capitanes generales, dependiendo del territorio sin conquistar.

Muchas de sus armas podían ser viejas, desgastadas y hasta inútiles

Luego había que reunir el dinero para la compra de los buques, el equipo para su alistamiento y la impedimenta militar de la compañía, y reclutar a los hombres. Obviamente, cuando se creía que el nuevo territorio era rico en oro, plata y otros bienes igualmente valiosos, los voluntarios acudían en masa de entre los muchos caballeros, hidalgos sin hacienda ni otro beneficio y mercenarios, soldados de fortuna, veteranos, campesinos sin trabajo, pícaros, fugitivos de la justicia y truhanes de toda condición. Incluso entre la tropa existían clases, las más elevadas seguían siendo la de la caballería pesada, dotada de armadura completa y lanza, espada y rodela, y la

La azteca era una cultura militar-religiosa presidida por un superguerrero, que incluso disponía de lo que podríamos llamar “academias militares”

del arcabucero o mosquetero a caballo. Los caballos, desconocidos en América, eran escasos, a pesar de que los de caballería tuvieron siempre un papel fundamental en la batalla. Con ellos, el soldado podía combatir montado o a pie, además de portar tanto el arma de fuego como su robusta y pesada espada de hoja recta y doble corte.

Suele destacarse la que se supone enorme ventaja tecnológica de las armas europeas y el terror psicológico que los caballos y perros de guerra causaron entre los indígenas, cuyas tácticas no superaban mucho a las de las guerras entre bandas y tribus o, como mucho, las de la Edad Media.

Sorprende, sin embargo, que superado el impacto inicial y descubierto, por ejemplo, que los jinetes no eran enormes monstruos de dos cabezas sino simples hombres cabalgando sobre un animal, las grandes masas de indígenas fueron vencidas por unos grupos de europeos que pocas veces superaron el medio millar de hombres. Si se añade que su equipamiento era disparate –dependiendo del dinero conseguido para la expedición, muchas armas podían ser viejas, desgastadas y hasta casi inútiles– y poco numeroso –Cortés nunca dispuso de más de 106 arcabuces–, y que su artillería

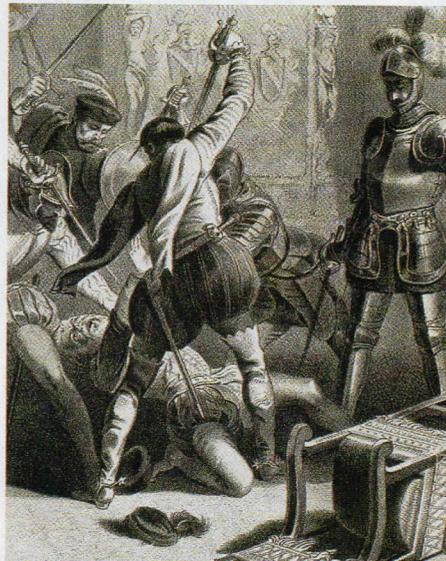
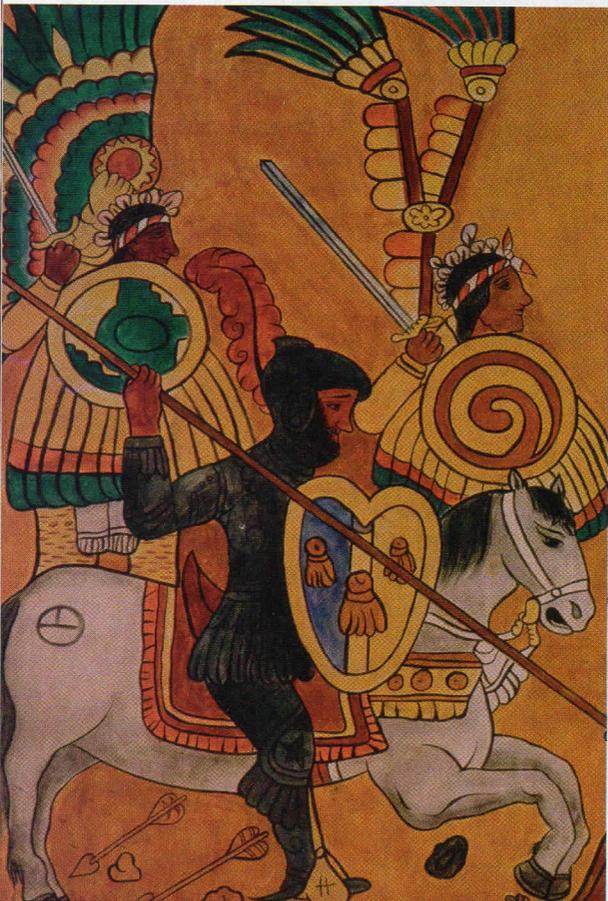
–liviana y escasa, tanto en número como en munición, y nunca servida por artilleros suficientes– eran piezas de pequeño calibre fabricadas en bronce en improvisadas fundiciones, no parece que la ventaja sea tan descomunal. Ciertamente, los grupos a los que hubieron de enfrentarse fueron muy variados y los desnudos y pintados caribeños eran poco enemigo para los soldados protegidos con yelmos, petos y coseletes. Pero, ¿puede decirse lo mismo de los temibles tlaxcaltecas, los no menos fieros aztecas y hasta de los ya decadentes mayas y olmecas? Los aztecas, cuanto menos, pertenecían a una cultura militar-religiosa, de tipo dictatorial, presidida por un superguerrero, que incluso disponía de lo que podríamos llamar “academias militares”. Allí se enseñaba, adiestraba y entrenaba en el uso de las armas y las tácticas bélicas a los miembros de las muchas clases aristocrático-militares, las *capullis*.

Creían que Hernán Cortés era el dios regresado

En sus templos, se guardaban verdaderos arsenales –al menos así consta del de Mutezcuma o Moctezuma II– y se mantenían y fabricaban armas y protecciones. Además, no hay que olvidar que, como otros muchos pueblos indígenas menos evolucionados, practicaban el “canibalismo bélico”.

Se ha aducido como factor determinante de la supuesta superioridad de los conquistadores la preexistencia de los relatos míticos de Votan y Anatzalcohuatl, así como la leyenda del gran dios de los aztecas, Quetzalcóatl. Ésta última contaba que el creador de los hombres, un dios con cara blanca y pelo y barba rubios, había prometido volver un día del mar del Oriente para acabar con el mandato de Moctezuma. Los aztecas, incluido el mismísimo Moctezuma, creían que Cortés, el hombre con rostro blanco y largas barbas, era el dios regresado. Puede ser que estas creencias fueran un factor moral importante, pero una vez descubierta la verdadera naturaleza de los invasores, quedaba aún más al descubierto la inferioridad numérica de los españoles y sus debilidades.

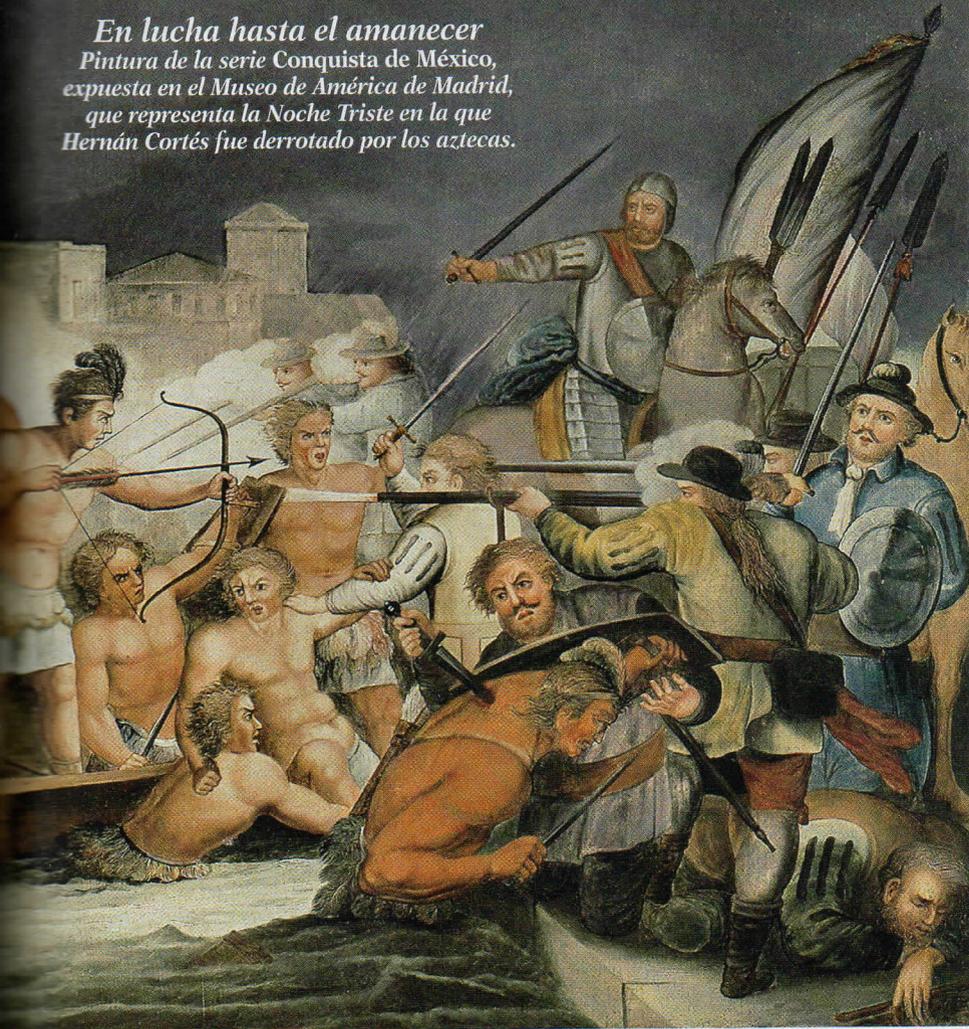
Aunque los aztecas vivían organizados y militarmente como los antiguos mesopotámicos o los romanos, su armamento pertenecía a la Edad del Cobre. De este material eran sus puntas de flechas y lanzas, pues aún desconocían el hierro. Arcos y flechas



Amores y desamores

No todo fueron guerras entre españoles y nativos americanos. También se establecieron alianzas, como la de Hernán Cortés con la tribu de los tlaxcaltecas (izquierda), y hubo graves enfrentamientos en el mismo bando, como las luchas entre Almagro y Pizarro (arriba, el asesinato de este último).

En lucha hasta el amanecer
 Pintura de la serie Conquista de México,
 expuesta en el Museo de América de Madrid,
 que representa la Noche Triste en la que
 Hernán Cortés fue derrotado por los aztecas.



Animaladas en la conquista

Más allá de las armas, los conquistadores utilizaron animales, principalmente caballos y perros, que fueron de gran importancia en la conquista, no sólo por su valor militar, sino también por el efecto psicológico que causaron en los indígenas. Los cánidos americanos eran pequeños, mansos y no ladraban, de forma que aquellos fieros animales con collares de clavos y protegidos con trajes acolchados les causaron verdadero terror. Los perros participaron en los combates y eran eficaces guardianes contra los asaltos nocturnos. Y, como era costumbre en toda Europa, también se les empleó para la tortura y ejecución —lo que llamaban “aperrear” o “echar uno a los perros”—. Algunos canes llegaron a ser famosos, como Becerrillo y su hijo Leoncico, que incluso recibían su parte del botín, la mitad que un ballestero. Otros animales también desempeñaron un papel importante. El asno sirvió como animal de carga, especialmente valioso en terrenos accidentados. Cerdos y cabras proporcionaron alimento a las tropas. Y las vacas, que hoy son orgullo de algunos países del Nuevo Continente, dieron carne y leche, un alimento desconocido hasta entonces para los indígenas.

eran sus armas más importantes, pero también usaban lanzas, jabalinas, azagayas y dardos, mazas afiladas y estrelladas, macanas, espadas y dagas, todas ellas fabricadas con piedra, principalmente de obsidiana. Los arcos eran de madera fuerte y flexible, simples —los indígenas americanos no conocían el arco compuesto— y de tamaños que diferían según las tribus y su nivel tecnológico. La cuerda del mismo solía ser fibra vegetal trenzada pero también las había de cuero. En ambos casos, su rigidez era notable, por eso los arqueros protegían su brazo izquierdo con mangas hasta el codo de piel de venado o de cuero. El astil de la flecha solía ser de caña o madera, y la punta, que a veces incluía dientes o era doble, de obsidiana, cobre o, en los pueblos insulares y costeros, de espinas de peces. La mayoría de estas flechas producían heridas mortales y algunas incluso eran imposibles de extraer de las heridas. La puntería de los arqueros era notable, gracias muchas veces al emplumado del astil en espiral, lo que daba a la flecha un movimiento de rotación que alargaba el alcance y aumentaba la penetración, de forma similar a como lo hacen las balas de los proyectiles rayados

modernos. Después de la flecha, el propulsor, estólica o *atlatl* era una de las armas más usadas por los aztecas y también por los incas. Simples palancas de madera con un pequeño gancho en uno de sus extremos sobre el que se apoyaba la parte posterior de la azagaya o tiradera, de modo que ésta y el propulsor quedaban paralelos, multiplicando así la fuerza del lanzamiento. Se dice que la potencia de estos “amientos” —así los llamaban los conquistadores— era “tal que podían atravesar una puerta”.

Los españoles adoptaron algunas vestimentas indígenas para la batalla

Como defensas, los aztecas utilizaban redondos escudos de madera o *chimallis*, muchos adornados con un faldón de tela o plumas, y como protección corporal usaban vestimentas “aguatadas” de tela y rellenas con algodón, llamadas *ichcatluipilli* o escaupiles que, por cierto, pronto fueron adoptadas por los españoles que las encontraron más cómodas e igual de eficaces que sus pesadas armaduras y coseletes de hierro y cuero —el calor, la humedad y las largas marchas por terreno abrupto causaban llagas por el roce tanto a los soldados como a las



Vasco Núñez de Balboa utilizó a los perros como arma de tortura.

caballerías—. Tanto es así que protegieron también con ellas a sus monturas y perros contra la lluvia de flechas y dardos de los aztecas, de forma parecida a como lucen hoy los caballos de los picadores, cuyos petos no son más que escaupiles aztecas modernizados. Es curioso también que estos enguataados no distaran mucho de los utilizados en las guerras de la Reconquista, fabricados con cuero o tejido fuerte y acolchados con grueso algodón torcido que amortiguaba las puntas de flecha y las retenía.

A la parrilla sabían mejor

Desde mediados del siglo pasado, historiadores y antropólogos andan a la greña sobre si los aztecas devoraban a los sacrificados en sus templos o si tan crueles ofrendas –nadie duda de que se celebraban miles de sangrientas ceremonias– se llevaban a cabo por razones puramente religiosas. Lo que resulta innegable es que los testimonios de esta “antropofagia ritual” son numerosos. Por ejemplo, en las duras luchas cuerpo a cuerpo de la toma de Tenochtitlán trataban de amedrentar a los conquistadores diciéndoles que “ni siquiera los co-

merían, que tan mal sabían que no servían ni para eso”. Muy descriptivo es también el tributo que Bernal Díaz del Castillo hizo a sus compañeros muertos y devorados en su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* “...que todos los más murieron en las guerras ya por mi dichas, en poder de indios y fueron sacrificados a los ídolos, y los demás murieron de sus muertes; y los sepulcros que me pregunta dónde los tienen, digo que son los vientres de los indios, que los comieron las piernas, muslos, y brazos y molledos, y pies y manos y los demás fueron sepultados...”



Este grabado de Theodore de Bry describe una escena de canibalismo protagonizada por un grupo de indígenas de Brasil.

Una vez en combate, los indígenas se organizaban de la siguiente manera: los sacerdotes marchaban a la cabeza del ejército arengando a los guerreros para los que existían condecoraciones, insignias, medallas –que se llevaban colgadas al cuello–, cintas rojas para el cabello y orlas de algodón. El número de éstas se correspondía al de las heroicidades de quien las lucía. La nobleza se alcanzaba ingresando muy joven en la categoría más baja, similar a la de los escuderos, y se ascendía progresivamente a las escalas más altas. Además, cada clase tenía su vestimenta y sus armas. Mientras al soldado raso sólo se le permitía una falda corta, el *maxtlatl*, con los colores de su jefe, y llevaba pintado el cuerpo, todos los guerreros nobles vestían escaupiles y largas y gruesas tunicas sobre las que brillaban las lorigas de oro

y plata, y, además, cubrían sus hombros con una capa delgada recubierta de plumas con figuras y adornos con los colores de sus jefes. Calzaban gruesas botas altas de cuero fino, que protegían sus piernas hasta la rodilla.

Se encontraron con que no eran desorganizadas bandas tribales

Completaba su atuendo protector un casco de madera o cuero con forma de cabeza de animal salvaje, jaguar, ocelote, águila u otros animales con la boca abierta, por la que asomaba la cara del guerrero. Remataba el casco un gran penacho de plumas que indicaba el rango militar y social de su portador. Los caudillos y sacerdotes iban a la cabeza, con sus escuderos que portaban sus armas. Detrás marchaban los tambores y trompas. Los jefes les seguían, detrás de los guerreros nobles, con sus grandes macuahuitls, espadas de madera con láminas de obsidiana engastadas como filos y puntas.

Las señales tácticas se transmitían como en los ejércitos de todas las épocas, mediante banderas y estandartes que identificaban no sólo a los clanes y sus jefes, sino también a las ciudades. No eran, es evidente, desorganizadas bandas tribales.

Por su parte, los conquistadores españoles emprendieron sus expediciones con la fuerte espada renacentista de hierro como arma principal y las lanzas largas morisco-andalusíes. La panoplia completa era similar a las de las guerras fronterizas granadinas y las campañas italianas del Gran Capitán: armaduras «blancas» de hierro, ballestas de arco de acero, armas de fuego portátiles –arcabuces y escopetas, principalmente– y, como artillería, bombardas, serpentinas y culebrinas. Hubo lugar también para la improvisación y, a veces, se usaron armas antiguas, incluso medievales. Cortés, siguiendo los consejos del veterano Díaz del Castillo, construyó trabuquetes para lanzar piedras e impro-



Líderes antagonicos

A la izquierda, escultura en piedra de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, una deidad azteca. A la derecha, ilustración de Diego de Almagro y sus seguidores en la batalla de las Salinas.

Los “fashion victims” del campo de batalla

A pesar de tener estilos muy diferentes, las distintas vestimentas de los guerreros de ambos bandos indicaban exactamente lo mismo: su rango dentro del ejército. En esta ilustración, la sobriedad del soldado español frente al look étnico de un “guerrero águila”.



Mientras un arcabucero disparaba dos o tres veces, un arquero azteca lanzaba de diez a doce flechas

visados ingenios incendiarios contra los muros de Tetelulco. Pero la victoria sobre los indios mexicanos no se consiguió con ballestas, arcabuces ni cañones, por más que estas armas supusieron una gran ventaja tecnológica en Tabasco, Cempoala y Tlaxcala y, desde luego, en la segunda toma de Tenochtitlán, aquí especialmente con la artillería desde los bergantines. La carencia de bestias de carga dificultó mucho el transporte de la artillería, pero sobre todo fue la lentitud de su empleo —era necesario emplazar, limpiar, cargar, apuntar y disparar— el principal inconveniente de estas armas pesadas y también de las ballestas y arcabuces: en el tiempo en que un experto arcabucero conseguía disparar dos o tres veces, un arquero azteca podía lanzar diez o doce flechas. Sin duda, los primeros

éxitos tácticos lo fueron por medios psicológicos: la carga de los caballos, el ataque furioso de los perros ladrando desahoradamente, el estampido de las armas de fuego y el olor de la pólvora, que recordaba a los indígenas la furia de los volcanes, fue determinante.

El ejército invasor demostró habilidad estratégica y táctica

Si, como se suele pretender, la ventaja tecnológica de las armas de fuego hubiera sido la clave del éxito, Cortés no hubiera podido vencer en Otumba, tras el desastre de la Noche Triste en que perdió la pólvora, toda la artillería y la mayoría de sus efectivos. Por eso, las razones de su increíble epopeya hay que buscarlas en su habilidad estratégica y táctica, pues supo aprovechar

con acierto las rivalidades entre los propios pobladores indígenas y su gran capacidad para el juego de alianzas. No hay que olvidar que junto a los españoles marchaban miles de indígenas como guerreros aliados contra los aztecas. Aunque sus armas y sus tácticas eran primitivas comparadas con las de los occidentales, no hay que menospreciar su número, en ocasiones bastante elevado, ni el hecho de que se enfrentaban a enemigos similares, envalentonados por la “ayuda de los dioses blancos”. Al inicio de la campaña, Cortés contaba con un millar de guerreros totonacos y otros tantos cargadores. Luego se le unirían un millar de tlaxcaltecas, enemigos enconados de los aztecas, y es en su segundo asalto a la capital mexicana, cuando el propio conquistador cifra en su Carta Tercera en cien mil los “indios los nuestros amigos” que, gracias a una hábil política de perdón tras la derrota, habían ido sumándose poco a poco en su camino hacia el ansiado corazón del Imperio Azteca. ■